

1

---

CAPÍTULO 1

# Prólogo

---

## 1

## Prólogo



**N**o es un secreto que el mundo se enfrenta a una recesión económica y financiera difícil y tal vez prolongada. Para la mayoría de nosotros, es la primera vez que hemos presenciado un problema de semejante magnitud, en especial uno que suceda a escala global. Desde septiembre de 2008, mes en el que quebró Lehman Brothers y AIG fue rescatada por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, he viajado por todo el mundo en varias ocasiones, hablando con personas que se hallaban en lugares tan diversos como Bogotá, Singapur, París, Moscú, Madrid y Nueva York, Las Vegas, Dubái y Tel Aviv. Aun así, aunque los países y culturas que he visitado son muy diferentes, el grado de conocimiento mostrado en cada lugar ha sido notable. Casi todo el mundo, con independencia del lugar en el que viviera, sabía lo que estaba ocurriendo.

A partir de mi propio análisis, he observado que la economía global actual es aproximadamente 25 veces más grande que la economía de comienzos de la década de 1930, cuando el mundo entró en la Gran Depresión. Las rentas per cápita en Europa y Estados Unidos son al menos diez veces mayores de lo que eran en aquellos funestos días. La población actual es mucho más numerosa y existen unas diferencias cualitativas tan amplias entre la forma en que vivimos hoy día y el modo en que vivía la gente en aquella época, que resulta muy difícil realizar comparaciones reales.

Estos importantes incrementos de la riqueza –material y financiera– están proporcionando a los responsables de establecer las políticas de los países más medios que nunca para combatir los problemas mundiales. Al mismo tiempo, aunque es posible que el modo en que Europa, Asia y Estados Unidos resuelven los problemas mundiales sea diferente en los detalles, se trata únicamente de diferencias de matiz. Nadie en los países importantes defiende políticas belicosas como las de los años treinta, consistentes en «arreglárnoslas por nuestra cuenta». Ninguna persona que tenga alguna responsabilidad sostiene que se abandone a los mercados a su suerte. Básicamente, la ideología se deja de lado.

Esto significa que el mundo se enfrenta a la peor catástrofe económica y financiera desde la década de 1930 con un espíritu de cooperación: no ha degenerado en «facciones», bandos o grupos hegemónicos. Al contrario, los reguladores han sido capaces de deliberar de un modo que hace una o dos generaciones habría resultado insólito.

Al mismo tiempo, todo el mundo parece admitir que el destino del mundo en la actualidad es colectivo y que el sustento de los trabajadores de las fábricas de Shanghái, Praga, Stuttgart o Monterrey depende de los hábitos de compra de los consumidores de Los Ángeles, Madrid, Tokio, Bombay y Oslo. Todos estamos conectados a través de lo que, con una sospechosa ligereza, se denominaba «globalización»: algo de lo que todo el mundo hablaba alegremente, pero que en la actualidad se deja sentir cuando nos preguntamos por la solidez de los fondos de pensiones, los bancos y las empresas para las que trabajamos. En todos los lugares del mundo, todos somos conscientes, sin duda alguna, de que en esta ocasión estamos juntos en esto.

Mis notas

No obstante, mientras luchamos por arreglar la economía global, existe algo aún más eficaz que el enfoque cooperativo actual y que el incremento de la riqueza física y financiera del mundo. Nos estamos enfrentando a esta «prueba» global con más conocimiento a nuestro alcance del que hemos tenido jamás.

Tal y como sostiene el científico y visionario Ray Kurzweil, la Ley de Moore, según la cual la potencia de los chips informáticos se duplica cada dos años, mientras que los costes de la informática se reducen a la mitad, ahora resulta aplicable a todo. El motivo de que esto suceda es que el conocimiento crece a un ritmo exponencial. Por consiguiente, las decisiones ya no se adoptan basándose en la experiencia de un *senior*, sino tomando como base datos y conocimiento.

Los encargados de diseñar las políticas que se esfuerzan por resolver los problemas del mundo lo hacen equipados con más información y conocimiento que nunca en la historia. Si los responsables políticos de un país se sientan en una reunión y no están de acuerdo con las conclusiones que presentan los de otro, basta con que hagan clic en un dispositivo para asegurarse de la exactitud de una hipótesis, verificar los datos, comprobar la conclusión o utilizar una simulación.

No hay más que comparar las deliberaciones financieras y económicas actuales, con cables e inalámbricas, con las que tenían lugar durante otros períodos de tensiones financieras entre 1907 y 1933. Por muy inteligentes que fueran las personas de la sala, sus argumentos se elaboraban basándose en mucha menos información de la que tenemos hoy día.

El gran John Maynard Keynes, con toda su erudición, inteligencia y perspicacia, representó al Reino Unido a finales de la Primera y Segunda Guerra Mundial, con tal vez una millonésima parte de la información económica de la que dispone hoy un alumno de educación secundaria. Y, aunque indudablemente tenía una mente brillante, no disponía de ordenadores o bases de datos que le ayudaran, y mucho menos de la posibilidad de elaborar un modelo de la situación ni podía utilizar un teléfono móvil para pedir ayuda. Además, ni él ni sus colegas tenían la posibilidad de crear, negociar, mover o invertir dinero electrónicamente –en cualquier parte del mundo– a la velocidad de la luz. No es extraño, teniendo en cuenta las circunstancias actuales, que muchos economistas hayan afirmado que cuando comience la recuperación económica es probable que continúe a mucha mayor velocidad que nunca.

Todo esto significa que, si hemos de tener una crisis, y la naturaleza humana indica que de vez en cuando tendremos una, éste es el mejor momento hasta la fecha para tenerla.

El mundo se ha unido, es más rico y las personas tienen más conocimientos que nunca. Con estos recursos, no parece que las esperanzas para el futuro sean consecuencia de un optimismo ingenuo, como podría haber ocurrido en el pasado, sino de una valoración realista de la situación actual del mundo.

**Joel Kurtzman**

Presidente de Kurtzman Group y ex editor de *Harvard Business Review*.